

Sylvia Díaz–Montenegro

El mundo transparente

Un paseo con mi madre por el universo digital



El mundo transparente

Sylvia Díaz-Montenegro

El mundo transparente

Un paseo con mi madre por el universo digital

El mundo transparente
Un paseo con mi madre por el universo digital

© Sylvia Díaz-Montenegro, 2016

Diseño de colección: © Luis Pita Moreno
Ilustración de la cubierta: © Carlos Montenegro
Fotografía de la autora; © Carlos Montenegro
Ilustraciones: © Alberto Sastre
Revisión del texto: Verónica Díez Arias

Primera edición: Mayo 2016

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso por escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-945256-1-2
Depósito Legal: M-16567-2016

© Meridiano Editorial, 2016
Avda. Nazaret 13, Portal A, 9º D Izda.
28009 Madrid

Impreso en Estugraf
Calle Pino nº 5. Pol. Ind. Los Huertecillos
28350 Ciempozuelos (Madrid)

*Para Juan, Guillermo, Inés, Blanca y Rocío,
mis cinco demostraciones de que lo esencial es imposible de explicar*

*Toda tecnología lo suficientemente avanzada
es indistinguible de la magia*

TERCERA LEY SOBRE LOS AVANCES TECNOLÓGICOS
ARTHUR C. CLARKE

Agradecimientos	15
------------------------	----

MAPA DE RUTA

(dónde vamos y por qué nos llevamos a mamá)	17
--	----

TURISTAS EN EL NUEVO MUNDO

1. Mamá en un mundo sin átomos	23
2. Tengo internet. ¿Y qué? Mamá contra mil millones de <i>websites</i>	33
3. <i>Errare humanum est</i> . Mamá y los errores	43
4. Después de leer todo Google, mamá se ha conectado con su banco	51
5. Avatar: Mamá y los habitantes del mundo digital	57
5.1. Los avatares automáticos: el disfraz de las marcas	58
5.2. La encarnación de las marcas	62

EL NUEVO MUNDO ABSTRACTO

(la realidad sin átomos)	67
---------------------------------	----

6. ¿Qué es un sistema?	69
7. ¿Cómo se instruye a una máquina?	77
8. Los sistemas malvados: mamá y la mano negra	89
9. La inteligencia artificial y los robots	99
9.1. La inteligencia artificial	100
9.2. Los robots	102
9.3. ¿Y si hubiera robots inteligentes?	106
10. ¿Cómo se hablan las máquinas?	109

11. ¿En qué hablan las máquinas? Los ceros y los unos: el sistema binario	121
12. Los soportes: los armarios donde guardar los bits	133
13. Y entonces, ¿qué es la informática?	141
13.1. La informática de las máquinas	143
13.2. La informática de la información	148
14. La seguridad	151

EL MUNDO CONECTADO 163

15. ¿Qué es internet? La conexión universal	165
16. El valor del desorden	171
17. El mundo contraintuitivo: las consecuencias impensables	177
18. ¿Y los niños?	181
19. El móvil	189
19.1. La máquina de absorber el tiempo	199
20. El internet de las cosas	203
21. <i>Big Data</i>	213
22. Las redes sociales	221
22.1. LinkedIn	227
22.2. Facebook	230
22.3. Twitter	235
22.4. Pinterest	239
22.5. WhatsApp	241
22.6. Snapchat	242
22.7. Lo que aún no ha ocurrido	242
23. La vergüenza (<i>cyberbullying</i> es su nuevo nombre)	245
24. <i>Big brother</i> : ¿quién me sigue?	249
25. Los coches autónomos	253

EL MUNDO LÍQUIDO	257
26. La caída de los límites	265
27. La economía del compartir: <i>the sharing economy</i>	269
28. El siguiente paso: la difuminación de la propiedad	281
29. Los nuevos modelos de empresa	287
30. Los nuevos modelos de trabajo	295
31. El nuevo dinero: los <i>bitcoin</i> y otras especies	301
CONCLUSIÓN: UN MUNDO HUMANO	305

Agradecimientos

Este libro es el resultado de toda mi experiencia o, lo que es lo mismo, de la influencia de tanta gente, que he tenido que abandonar la idea de agradecerse individualmente si no quería escribir una letanía que ocupara medio libro. No obstante, no quiero dejar de recordar aquí a ese gran conjunto de personas que va desde mis amigas del cole hasta el equipo de visionarios con los que actualmente comparto mi proyecto de empresa. Y, por supuesto, sin olvidar a mi familia, que me ha ayudado pacientemente a leer y a corregir las diversas versiones de este texto, a elegir las ilustraciones y hasta las portadas: mamá, a la que conoceréis en breve, papá, mis hermanos (gracias mil, Carlos, por haber sabido hacer las fotos que teníamos en mente) y, por supuesto, mi marido y mis hijos, que son sin lugar a dudas el motor final de todo.

Me gustaría, por último, agradecer a mi editor, Carlos Yáñez, haber tenido la idea de este libro y haber confiado en mí para llevarla a cabo, así como haberme acompañado y aconsejado durante la elaboración del manuscrito soportando las mil dudas de la escritora *amateur* que soy. Todo ello, sin dejar de ser mi mejor amigo ni que se enturbiara ni un poco el placer de vernos, que es lo que más mérito tiene.

MAPA DE RUTA (dónde vamos y por qué nos llevamos a mamá)

En este capítulo:

- *Información*
- *Te presento a mi madre*
- *Todas las generaciones ven cambiar el mundo*
- *La estructura del libro*
- *Declaración de intenciones*

Tú, lector, vives en un mundo que vibra con el flujo de información. El espacio que te rodea transporta más datos que ruido: las ondas de radio de toda la vida, la nueva muchedumbre de los móviles, las redes inalámbricas de wifi, las conexiones títubeantes de *bluetooth*... Cada máquina que ves con un panel de control funciona con información: las máquinas de tabaco, las de las gasolineras, las de los aparcamientos. Hasta tu propio coche se gestiona con información. ¿Recuerdas la película *Matrix*? Si tuviéramos la capacidad de ver la información que nos rodea, prácticamente no veríamos otra cosa.

Y sin embargo, no se ve.

La información es transparente. Es más invisible aún que los microbios o que la presión del aire, y sin embargo está ahí, creando un mundo paralelo que tiene sus leyes y sus comportamientos y al que tú, lector, estás sometido, quizá sin darte cuenta.

El propósito de este trabajo es justamente hablarte de ese nuevo y apasionante mundo digital y su vida paralela pero... ¿cómo hacértelo entender? Para ello, he pensado pedirle a mi madre que nos acompañe, porque me es más fácil imaginar lo

que ella querría saber que imaginarte a ti, que a lo mejor lees esto desde un futuro en el cual ya nada de lo que cuento es como ahora.

Que se venga mi madre nos garantiza varias cosas. Primero, como es una persona mayor, no está familiarizada con este universo que no se ve, así que puedo esforzarme en no dar nada por sabido sin avergonzarte. También, como es mi madre, me divierte mucho llevarla de excursión por este mundo nuevo porque, como muchas personas mayores, tiene la misma curiosidad que los niños, un aguerrido sentido común y la misma disponibilidad de tiempo que emplear en sus investigaciones, de modo que es un espectador muy agradecido al que es un placer comunicar. Ya verás, nos vamos a divertir el doble si vamos con ella.

Mi madre tiene ya una edad. Baste decir, para que no me deje de hablar, que ella guarda memorias tuyas, con trenzas, pero tuyas, de la guerra civil y de la guerra mundial, es decir de un mundo de escasez de cosas y con grandes distancias sociales. Mi madre, a pesar de esa edad que no confiesa, tiene una energía y una curiosidad inagotables, junto con un montón de tiempo, de modo que llegó un momento en el cual no pasaba semana sin que salieran a la conversación los ordenadores y «esas cosas que tú haces, hija».

En el mismo momento en que las líneas ADSL cruzaron el umbral del precio aceptable, mi madre —mamá, Clara para ti— se pertrechó para lo digital con el equipo completo: tiene teléfono móvil, ordenador, ADSL y wifi en su casa. En definitiva, tiene conexión a internet. Sin embargo, mamá vive sin control sobre todas esas cosas. Le interesan mucho, pero no sabe muy bien cómo funcionan ni cómo se organizan más allá de lo que ella ve en su mesa de trabajo. Para ella, estos objetos y sus posibilidades no siempre estuvieron ahí, y por eso le extrañan y le da mucha envidia que mis hijos vivan con tanta naturalidad en esa nueva dimensión que para ella es un misterio.



La adaptación de las tecnologías a las nuevas generaciones funciona siempre del mismo modo: nos basta con ver un interruptor y nos sentimos capaces de utilizarlo, por muy extraño que sea. Es verdad que en algunos casos no es tan fácil, pero entonces pensamos que es un problema del diseño o del fabricante, porque nos sentimos cómodos con la tecnología y confiamos en que, en el peor de los casos, la probabilidad de error es tan pequeña como su coste. Total, como mucho, dejará de encenderse una de las luces.

Es probable que nuestros bisabuelos se acercaran al primer interruptor de corriente eléctrica con el mismo respeto que sus antepasados le tenían al fuego, la única luz conocida creada por los hombres. Es fácil imaginar que tuvieran hacia los interruptores la misma actitud recelosa que mamá le tiene hoy a su móvil. Cuando ella se queja amargamente de que no haya formación disponible para utilizar los móviles, mis hijas la miran con la misma cara que ella pondría si su abuelo le hubiera hablado de hacer un curso para usar el interruptor de la luz.

Así que este libro está escrito pensando en mamá, para que le sea más cercano el nuevo mundo digital que solo es capaz de intuir: lo primero es describir cómo es la experiencia de un turista recién llegado como mamá, con algún consejo sobre qué hacer y qué no hacer y alguna explicación del porqué de las cosas en este nuevo mundo. Luego, porque hemos dicho que es alguien curioso, habrá que contarle «cómo funciona», es decir cómo es «la información», esa nueva materia prima, cómo se almacena y se gestiona, cómo son las máquinas que son capaces de tratarla y guardarla. Si el mundo digital es el mundo en el cual la información vive y se hace realidad, esas máquinas son las que crean el tejido que lo sustenta y nada del mundo digital existe fuera de ellas, como nada de nuestro mundo físico existe sin partículas. La conexión de todas estas máquinas hilando información es lo que crea el mundo digital. Y aquí es cuando empieza realmente la magia, porque una red es mu-

cho más que una colección de puntos: la conexión le aporta una consistencia nueva. Si la red se vuelve universal, capilar y fiable, el mundo cambia. La electricidad es muy interesante cuando podemos producirla, pero solo da lugar a una nueva forma de vivir cuando la producción se convierte en accesible en (casi) todas partes a través de un sencillo enchufe. En la tercera parte se habla de lo más llamativo de nuestro mundo conectado: el móvil, las redes sociales y el impacto en nuestra vida de estos nuevos tipos de relación. ¿Y cómo cambia el mundo? ¿qué ocurre luego y cómo impacta a nuestras vidas? Porque se establece una nueva forma de hacer, de producir y por lo tanto de vivir. Este nuevo mundo no obedece a algunas de las reglas establecidas, y estamos intentando adivinar a cuáles, para entender los límites del mundo anterior y cómo podría evolucionar este. El hecho es que estamos ante un mundo transparente, sin forma precisa, en constante cambio... Un mundo líquido.

Voy a aprovechar para avisaros, al lector y a ti, mamá, de que muchas de las afirmaciones en este trabajo son descriptivas. Esto no quiere decir que defendamos lo que expresan, no se trata de que prefiramos los coches a los caballos, sino de saber que quedan muy pocos caballos y que los que quedan no forman parte de la vida cotidiana de los ciudadanos corrientes. El objetivo que perseguimos es la reflexión acerca de la situación, se trata de describir lo que nos parece más lógico y probable y que no tiene por qué ser lo que más nos guste. Ni siquiera tiene que ser lo mejor para todos.

Este libro además pretende ser una reflexión sobre lo que no se ve. No voy a contarte nada acerca de nuevos cacharritos sorprendentes ni novedosos, sino de cómo esa nueva materia transparente que es la información se ha convertido en tratable y cómo eso está cambiando nuestro mundo y por qué.

Finalmente, muchas de las afirmaciones de este libro te podrán parecer sorprendentes o discutibles. Seguro que lo son;

hablamos de cosas que evolucionan a tal velocidad que lo que digo que no es posible hoy puede serlo cuando tú tengas el libro en las manos.

Bienvenido al cambio. Lee sobre lo que no te cuadre, investiga y fórmate tu propia opinión. Mantén la mente abierta: vas a ver cosas emocionantes en universos infinitos.

TURISTAS EN EL NUEVO MUNDO

1. Mamá en un mundo sin átomos

En este capítulo:

- *Los átomos no existen, solo hay información (mira el dinero, que ya no es oro)*
- *Las distancias no existen*
- *Hay gente en el mundo digital y no toda es humana*
- *El mundo digital es un mundo humano más, con sus habitantes y sus modales*

Mamá viene frecuentemente a cenar a mi casa los domingos por la noche. Debe ser que, como es mi madre, no se arredra con mis síndromes de los domingos, que según todos los demás de la casa son como para esconderse, porque se me llena la cabeza de las cosas pendientes que el viernes relegué a patadas en la trastienda de la memoria.

—Bueno, pues ahora os laváis los dientes todos y os vais a la cama.

—Jijijiji...

—Mamá, tú no hace falta... —ya se podía acordar de sus domingos por la noche, ya. Como para habernos reído así alguno—. Y ahora ¿qué hemos dicho que hacía falta comprar?

—Pero hija, ¿y no será mejor mañana?

—¡Que no! Que voy a hacer la compra ahora, que bastante tengo ya para mañana.

—¿Cómo? ¡Pero hija, qué cosas se te ocurren, si son las

diez de la noche del domingo!

—¿Y qué?

—Pues que como no sea comprar medicinas en la farmacia de guardia no sé yo que vas a comprar...

—¡Por internet, mamá!

—Ah... ¿Y se puede? ¿Y te lo traen hoy?

Para visitar el mundo digital hay que saber tres cosas. La primera es que no hay mundo físico: los átomos no existen, solo hay bits, que son la mínima expresión de información y son completamente ajenos a la idea de realidad. Yo puedo decir «te vendo un camión» y mostrarte una foto o un dibujo y habré creado un camión. Podría vendértelo, incluso. En el caso del camión, es fácil que alguien insista en que lo convierta en átomos en algún momento, pero podría mantenerlo en el mundo de los bits y volver a venderlo, por ejemplo.

En el mundo actual el dinero es intangible, con una tarjeta de crédito podemos hacer compras y el saldo en nuestra cuenta corriente varía. En este caso baja, pero durante el proceso nadie ha visto un billete o una moneda. Y hemos pagado con dinero, en eso estamos de acuerdo, pero este cambio en su forma, al sustituir las monedas por el saldo en el banco, no solo ha modificado la gestión del mismo sino que ha generado otros peligros y ha dado origen a nuevos retos. Y ahora no me digas, mamá, que te veo venir, que hay que pagar en metálico. Lo difícil es saber y controlar cuánto dinero hay, dónde está y cómo se mueve. Eso es mucho más crucial que evitar que «se lo lleven», cosa que ahora ya parece apenas posible.

Dentro de unos años, las películas en las cuales un grupo de personas vestidas de negro consigue abrir una caja fuerte llena de billetes van a resultar tan antiguas como aquellas en las que unos piratas se llevan un tesoro que consiste en un par de cofres con unos miles de monedas.

Del metal al papel y del papel al asiento en cuenta. Cada transformación del soporte hacia algo menos tangible ha su-

puesto una multiplicación de lo que hay y de cuánto se mueve. Esa multiplicación es de varios órdenes de magnitud. El dinero, que es un elemento ávido y agresivo, fue de los primeros en transformarse. ¿Cómo llamarías si no a las letras de cambio del tiempo de las cruzadas? La mejor manera de evitar peso y riesgos era dejar los cofres de doblones y llevar solo un papel en los eternos viajes medievales en los que de Londres a Burgos se tardaban varios meses.

Cada transformación ha cambiado no solo el dinero, sino la forma en la cual se hacen las cosas: el dinero físico se llevaba en el monedero para ir al mercado, había que contarlo moneda a moneda y billete a billete para pagar. Hasta era frecuente asegurarse con una palmadita que no se había caído y que nadie te había quitado el monedero en el camino. El dinero digital no se pierde. Si no está, sabes adónde ha ido... a menos que le hayas dado a un desaprensivo todas tus claves de acceso, que es lo mismo que vaciar el monedero en la mano de alguien y luego sorprenderte de que no tengas dinero. Lo que sí que te puede pasar es que se vaya sin que te des mucha cuenta porque pagar con tarjeta duele mucho menos que sacar y dar los billetes que sabes que dejan de estar en tu monedero.

La segunda cosa que hay que saber es consecuencia de la primera: en el mundo digital no hay distancia. Existe entero en un sitio único, el de la información que todo lo conecta. Por ejemplo, si voy a la compra a un supermercado digital y compro manzanas, en algún momento alguien tiene que coger las manzanas reales y llevarlas a la puerta de mi casa. Lo que ocurre es que, como la distancia no existe, se han roto muchos de los eslabones de esa secuencia de cosas. En el mundo físico, yo iba al súper, donde cogía las manzanas que alguien había traído de un mayorista cercano, y me las llevaba a mi casa o hacía que me las llevaran porque la distancia era un factor importante.

En el mundo digital, yo puedo estar en un viaje de trabajo en Chile y comprar las manzanas para mi casa de España en un

supermercado muy lejano a Chile, a mi casa y a las manzanas en cuestión. La única distancia física que sigue existiendo es la que recorren las manzanas, con todos sus átomos. Por lo tanto, seguro que se enviarán desde el sitio más cercano posible a mi casa de España, aunque yo las compre desde Chile. Amazon es el caso más claro: una empresa en California atiende mis pedidos, hechos desde cualquier parte del mundo, y los sirve desde el centro de logística más cercano a la dirección de entrega (en este caso España). Amazon está intentando ir más lejos, incluyendo cada vez más productos puramente digitales. Tiende a desaparecer la diferencia objetiva entre una empresa nacional y una de cualquier otra parte.

Esta diferencia en cómo se venden las cosas en el mundo digital es crucial, porque permite independizarse, en tanta medida como tu actividad lo permita, del mundo físico, que es un mundo lleno de esclavitudes. ¡Mira que no poder estar en dos sitios a la vez!

Finalmente, hay cosas en el mundo digital que parecen iguales, pero solo lo son en parte y ese «en parte» es muy importante, porque hay que conseguir saber cuánta parte y qué parte es. Por ejemplo, en el mundo digital hay gente. En tu correo, en tu red social, en el *website* de tu agencia de viajes, hay gente. Mi hermano —tu hijo— es el dueño de su dirección de correo y, cuando me escribe, sigue siendo mi hermano. Igual que el teléfono me facilitó en su día el hablar con él aunque no estuviéramos cerca, sin cambiar en nada a mi hermano ni a mí, ni cómo nos llevamos, el mundo digital me da otros accesos a eso que es mi hermano y sigue siéndolo.

Cuando mi hermano me escribe un correo electrónico, es exactamente como la carta que se escribía antes. La diferencia es que, una vez escribe la carta, le basta pulsar un botón e inmediatamente la recibo yo, porque no hay distancia, y la carta ya no necesita ni sobre ni sello. Esta diferencia, fácil de entender y mucho más aún de utilizar, aporta cambios sutiles

en la relación con mi hermano, hace que nos sintamos más cercanos y más accesibles... por una parte. Nos comunicamos con más inmediatez, en cambio no puedo verle ni tocarle, lo cual lo puede alejar de mí de maneras sutiles que aún no se han descrito bien. Podemos alejarnos sin notarlo de las demás personas cuando tenemos la impresión de que nunca estuvieron tan cerca.

Pero, aparte del lado digital de mis seres queridos, hay más gente ahí: un montón de personas que nunca van a salir del mundo digital en el que las he conocido, porque nunca voy a querer conocerlas de verdad. Con esas personas mi desapego será mucho mayor que el que tendría el mundo físico, porque de hecho no tengo conciencia de su existencia corpórea real. Curiosamente, la falta de conciencia de la realidad de alguien no afecta a la manía que le puedo tener, afecta mucho más al cariño o compasión que me puede despertar. De esto hablaremos también un poco más adelante.

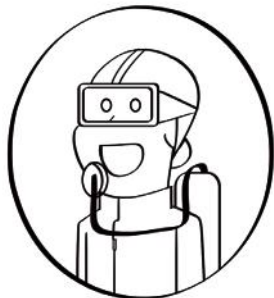
Los habitantes del mundo digital se llaman avatares cuando son personas. Vamos a llamarlos a todos así, porque no siempre somos capaces de distinguir si lo son o no. Estos avatares se pueden corresponder con la gente conocida y de repente cada uno podemos tener diversas personalidades digitales. Mi correo electrónico, con el que te escribo, es una personalidad dada. El problema estriba en que es muy fácil tener varios: el personal, el de la oficina, el de las citas a ciegas. Eso da lugar a una fragmentación de mi personalidad y el que recibe mi correo recibe solo una faceta mía.

En el mundo digital lo común es tener varios avatares muy distintos, lo que en el mundo físico era tener una doble vida y corresponde a esos casos de personas que se transforman cuando están fuera de casa o en determinados ambientes. En el mundo digital, hasta yo tengo múltiples vidas.

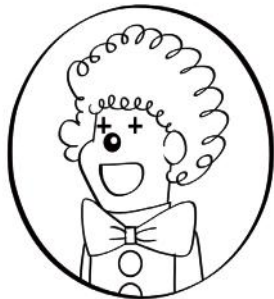
Un ejemplo se da en las redes sociales. Esta son en esencia sitios de internet —*websites*, también llamados «páginas»—



¡Abrigate
hija!



¡Abrigate
hija!



¡Abrigate
hija!

donde se permite la interacción en grupo entre los miembros. Esa interacción en grupo es la diferencia entre una red social y otro tipo de sitios. Un caso: cuando voy a mi banco digital, en el *website* de mi banco siempre estoy yo sola, o mejor dicho, estamos el avatar de mi banco y yo en una sala privada donde nadie nos ve hablar.

En las redes sociales, como en una cafetería del mundo físico, es donde puedo ver pasar a la gente sin necesidad de haber quedado previamente con ella e incluso sin necesidad de entablar conversación. La plaza del mercado digital es igual que la del mundo físico: pocas cosas nos gustan tanto a los seres humanos como ver lo que hacen otros, mejor aún si puede ser un poco desde lejos.

Más adelante hablaremos de las redes sociales en sí, pero me gustaría hacerte pensar un momento en tu presencia en ellas, como en el resto del mundo digital. Hay redes sociales de diferentes ambientes, del mismo modo que la iglesia no es lo mismo que la discoteca. Cada presencia tuya en una red social es un avatar: yo no soy la misma, ni siquiera tengo por qué llamarme igual, en Facebook que en LinkedIn. De hecho, yo no debería comportarme igual en uno que en el otro, igual que en el mundo físico mi comportamiento varía entre los diferentes ambientes.

La gracia del mundo digital es que mis avatares son independientes entre sí, es decir, que conforman personalidades, o aspectos de personalidad, mejor dicho, diferentes. En cada momento, yo soy solamente el avatar que decida mostrar y, por lo tanto, puedo segregar mucho más los diferentes componentes de mi vida. De hecho, en el mundo digital todos estamos ciegos: lo que me dice un avatar puede ser verdad... o no. La única manera de verificar y comprender a una persona sería verla en el mundo físico, donde nuestra capacidad de aprehender es mucho mejor y la impresión que tenemos es sin lugar a dudas más profunda y compleja.

En el mundo digital, ese conocimiento del otro es algo para lo que puedo confiar en un tercero: lo que me dice un avatar puede ser verdad si otro avatar me lo confirma y yo confío en el segundo avatar... porque le conozco. La confianza es la gran diferencia.

Una vez que te conozco, mamá, ya eres mi madre todo el rato y con todos los avatares que yo consiga conectar contigo. Puedes tener otros que yo no conozca como mi madre —miedo me da pensarlo—, pero mientras consiga conectar tus avatares con tu persona física, la relación que tengo contigo será la misma, independientemente del avatar que utilicemos. Eso sí, en cada foro tendrás los modales apropiados al foro en el que estemos, pero en todos ellos yo tenderé a comportarme en cuanto te reconozca —que una madre es una madre.

Fíjate que los avatares, de los cuales yo tengo varios, son personalidades separadas que yo creo, pero que, mucho más que en la vida física, puedo disfrazar. Eso hace muy probable que me disfrace un poco si es que voy a una red de ligar, por ejemplo. Y te garantizo que, si te veo por allí, me voy a hacer digitalmente la sueca.

En conclusión, el mundo digital está lleno de avatares que pueden existir o no, corresponder a una persona o varias, e incluso no ser humanos. En realidad, muchos de ellos son robots operados por sistemas informáticos. Tú puedes recibir un mensaje con un saludo atentísimo, que menciona incluso a tus hijos. Podrías asumir que lo manda un señor considerado, con algún interés comercial, pero un señor amable al fin. Y sin embargo ese mensaje ha ocurrido automáticamente, es decir, dentro de un sistema (a esta palabra le vamos a dedicar un capítulo entero más adelante) que se está disfrazando de persona para hablar contigo. Es completamente fundamental que sepas darte cuenta de qué son personas y qué son sistemas, sobre todo porque los sistemas no necesitan ninguna consideración: no les hace ni media falta. Las personas, sin

embargo, digitales o no, necesitan siempre toda la que les puedas deparar.

Resumiendo: en el mundo digital no hay átomos, no hay distancias y somos ciegos. Vale. Pero los seres humanos seguimos siendo seres humanos y nos gusta hacer cosas de seres humanos: nos gusta compartir con los demás, nos gusta hablar, nos queremos —o no—, somos sensibles a la amabilidad y los buenos modales y proyectamos una personalidad. La percepción de esa personalidad será posiblemente más fragmentada para alguien que no nos conozca, o al menos tendrá las diferentes facetas más acusadas que en el mundo físico.

El objetivo que este trabajo persigue es darte la información que necesitas para estar en mundo digital con cierta comodidad, que a mi modo de ver conlleva necesariamente entender el porqué de las cosas. Cuando vas a un país donde no se puede comer con la mano izquierda, es más fácil estar cómodo si sabes que no es porque tengan una absurda superstición acerca del demonio y la mano izquierda, sino porque se asume que te has lavado con ella y da mucho asco. Lo mismo que cuando vas a otro lugar donde hay que saber que no se puede interrumpir a nadie porque es una falta de respeto insoportable. Una vez ahí, no interrumpirás, porque el respeto es lo único que le tienes que dar siempre a todo el mundo ya que si no, no lo consideras de tu mismo mérito y eso, sea en el mundo que sea, está mal.